5988

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMATICA

EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL JUDÍO POLACO

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

arreglado de la obra de

ERKMANN-CHATRIAM

POR

FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Y

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, segundo

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, segundo

1896

14

EL JUDÍO POLACO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las galerías de los Sres. HIDALGO y FISCOWICH son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL JUDIO POLACO

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

arreglado de la obra de

ERKMANN-CHATRIAM

POR

FÉLIX GONZÁLEZ LLANA Y JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 27 de Diciembre de 1895

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1896

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANITA	Srta. Valdivia.
CATALINA	Sra. Domínguez.
LUISA	Srta. Bueno.
MATHIS	Sr. Jiménez (D. Donato).
CRISTIAN	Garcia Ortega.
ENRIQUE	Díaz.
WALTER	Carsí.
EL PRESIDENTE	Cirera.
EL MAGNETIZADOR	Robles:
DOCTOR FRANTZ	Rodríguez.
ESCRIBANO	Alonso.
NICKEL	Valle.
JUDÍO POLACO	Torner.
ALDEANO	Montenegro.
NOTARIO	Fernández.

Aldeanas y aldeanos, gendarmes, acompañamiento

La acción en Alsacia en 1833

La obra ha sido puesta esmeradamente en escena bajo la inteligente dirección de D. Rafael María Liern.

ACTO PRIMERO

Sala de una posada alsaciana. Mesas, bancos y una gran estufa encendida. En el foro puerta y ventanas anchas que dan á la calle y al través de las cuales se verá la blancura de la nieve. A la derecha puerta que se supone comunica con el interior de la casa. A la izquierda la que comunica con la cocina y junto á la puerta un aparador que figura ser de roble. Es de noche y la escena está iluminada por una lámpara de aceite colocada sobre la mesa. La acción comienza en la víspera de Navidad.

ESCENA PRIMERA

CATALINA, sentada, hilando en un torno y ENRIQUE, guarda de campo, que viene de la calle cubierto de nieve, de la cual se sacude al entrar, dejando después la escopeta en un rincón

ENR. ¡Brr! Vaya un modo de nevar. Estoy hecho un carámbano, señora Catalina.

CAT. ¿Todavía anda por el pueblo Enrique?

ENR. ¡Claro que sí! La víspera de Navidad se debe celebrar del mejor modo posible.

CAT. ¿Ya te habrán dicho que tu saco de harina está despachado en el molino?

ENR. Bien, me alegro; pero no corre prisa. Walter le cargará luego en su carro.

CAT. ¿Aun está por aquí el bueno del anabaptista? Creí que se había marchado.

ENR. ¡Quiá! En la taberna le tiene usted echándose al coleto una botella. Ahora mismo acabo de ver su carro á la puerta; por cierto que el café, el azúcar y la canela que hay car-

613233

gados en el armatoste, con la nieve deben de estar escarchados. Walter es alegrillo, le gusta empinar el codo y hace bien; ¡qué demonio! Lo que se bebe es lo que se vive ó lo que se vive es lo que se bebe... Además, contra el frío no hay mejor recurso que el trago.

CAT. Contra el frío el fuego. (Señalando la estufa.)

ENR. No me opongo, pero convirtiendo el estómago en chimenea y echándole en vez de leña vino añejo.

CAT. ¿De modo que esperas á Walter?

ENR. Sí, señora; nos iremos juntos. En noches como esta no estorba la compañía.

CAT. Cuidado con volcar...

ENR. ¡Quién piensa en eso! Usted nos prestará un farol para alumbrar el camino á la caballería. Nosotros nos *alumbraremos* también un poquito, pero de otro modo. Por de pronto, que me traigan un cuartillo del blanco... ¡Buen vino! A mí me gusta más el blanco que el tinto. El tinto me parece una bebida de luto y lo que necesito es alegría.

CAT. (Sonriéndose.) Ya veo, ya veo que estás de buen humor. (Llamando.) ¡Luisa!

LUISA (Desde dentro.) ¡Señora!

CAT. Un cuartillo de vino blanco para el señor Enrique.

LUISA (Desde dentro.) En seguida.

ENR. (Dirigiéndose hacia la cocina.) Corriendo, muchacha, que me hace mucha falta. Y caliéntalo un poquito, que con este frío no le vendrá mal al mosto algo de calor. (Volviendo hacia donde está Catalina.) Pero á todo esto, ¿y el señor alcalde, por dónde anda? ¿Está malo?

CAT. No lo quiera Dios. Hace cinco días que se fué á Ribeauville.

ESCENA II

DICHOS y LUISA que trae una botella y un vaso

LUISA Aquí tiene usted la botella y el vaso.

ENR. Santas palabras. (Cogiendo la botella y el vaso y colocándolos sobre la mesa.) ¡Bien, chica! Llena

eres de gracia entre todas las mujeres. (Bebiendo.) Y bendito sea el fruto que Dios cría en las cepas. (Echando un trago.) Amén... el cuartillo.

CAT. Buenas tragaderas.

ENR. Excelentes, señora Catalina... Y eso que no soy funcionario público sino privado... Con que el señor alcalde de viaje, ¿eh?

CAT. Sí; le esperamos esta noche, pero cualquiera echa cálculos... Cuando un hombre se va de su casa se le olvida volver.

ENR. Habrá ido á buscar vino...

CAT. Precisamente.

ENR. Entonces su primo no le habrá dejado venir... Mire usted lo que son las cosas, yo me alegraría de dar una vueltecita por el país de las viñas para visitar las bodegas.

CAT. Sí, ¿eh?

ENR. Si pudiera, dejaba el oficio de guarda rural y me dedicaba á guardar toneles. Los robles no necesitan que se les haga centinela, y en cambio, debe de ser tan agradable estar junto á una pipa bien repleta... ¿No te parece, muchacha? (A Luisa.)

LUISA (Riéndose.) Sí, señor; yo creo que sí.

CAT. ¿Y á tí quien te mete?... A la cocina.

ENR. No se incomode usted.

CAT. (Dirigiéndose de nuevo á Luisa.) ¿No tienes nada qué hacer? Pues arregla el farol, que lo necesita el señor Enrique.

LUISA (De mal humor.) Voy... ya voy. (Sale por la izquierda.)

ESCENA III

DICHOS, menos Luisa

CAT. Estas criadas siempre han de estar oyendo conversaciones que no les importan.

ENR. Apuesto á que el señor alcalde se traerá el vino para la boda, ¿eh? Porque aquí huele á boda.

CAT. Puede que sí.

ENR. Me lo figuro... Por cierto que yo no quería creer la noticia del casamiento de su hija con el sargento Cristián.

CAT. ¿Por qué?

ENR. No es que yo tenga nada malo que decir del novio; no, señora, todo lo contrario. Cristián es un guapo mozo, honradísimo y más bueno que el pan, pero, ¡caramba! también Anita es la muchacha más linda del pueblo, y además el mejor partido de toda la comarca.

CAT. ¿Eres de los que piensan que sólo hay que mirar al dinero para establecer á los hijos?

ENR. Tanto como eso no, pero suponía que el señor alcalde...

CAT. Pues te equivocas. Mi marido ni siquiera ha preguntado al pretendiente cuál es su fortuna... Sólo le dijo... «Si Anita accede, yo consiento con mucho gusto.»

ENR. ¿Y ella quiere?

CAT. Anda, pues si adora á Cristián. Y claro, como á nosotros sólo nos interesa la suerte de la chica, no nos importa que el novio sea pobre.

ENR. Entonces si los novios están satisfechos y ustedes lo mismo, los amigos nos contentaremos también. Tiene suerte Cristián. ¡Quién fuera él!... Por supuesto que habrá boda rumbosa y vino del superior... Ya estoy deseando que llegue.

CAT. ¿La boda?

ENR. El vino...

ESCENA IV

DICHOS y NICKEL con un saco de harina á la espalda

NIC. Aquí tiene usted su saco de harina. ¡Y cómo pesa!

ENR. Está bien. Déjalo en ese rincón. (Nickel lo deja.)

CAT. (A Nickel.) Que te den de cenar. (Dirigiéndose hacia la cocina.) Luisa, la cena de Nickel.

ENR. (Mirando en su morral.) A ver si he hecho todos los encargos. La harina ya está. Ahora el

tabaco, (Examinando paquetes.) la canela, los perdigones... las dos libras de jabón... ¿Qué más? A mí se me olvida alguna cosa... ¡Ah, ya sé... la sal... se me olvidaba la sal. Bueno me hubiera puesto mi mujer si no le llevo la sal. De seguro me llama soso. (Vase por el foro.)

ESCENA V

CATALINA, NICKEL y después ENRIQUE

NIC. Oiga usted, mi ama. El río se ha llenado de témpanos, de modo que si no paramos de moler, como el hielo llega á la compuerta, podría suceder lo que la otra vez, cuando una de las piedras se rompió... Y la helada no cesa...

CAT. Pues hay que esperar á que venga el amo... ¿Queda mucho grano por moler esta semana?

NIC. No; las prisas de Pascuas han pasado.

CAT. Bueno, pues vete á cenar.

NIC. Mejor sería que cenase luego y ahora fuera á parar el molino.

CAT. Como quieras.

NIC. Con su licencia. (Se va.)

ENR. (Aparece con otro paquete.) Ya tengo la sal... ¡Qué peste de encargos!

ESCENA VI

CATALINA, ENRIQUE y ANITA

ANITA Buenas noches, señor Enrique.

ENR. Buenas noches, pimpollo.

CAT. ¡Hija mía! (Anita se acerca á su madre.)

ENR. (Dejando el morral sobre un banco.) Hace un momento hablábamos de tí.

ANITA ¿De mí?

ENR. (Reparando en ella.) ¡Diantre! ¿Y qué bien vestida? Pues si parece una señorita de la ciu

dad. Vea usted, vea usted, señora Catalina.

ANITA Estamos de broma, ¿eh?

ENR. No es chanza. Vaya unas mejillas de rosa... y unos ojos divinos... y un cuerpo adornado con tanto primor... y unos piés menudos que guardan dos zapatitos elegantes. ¿Quién había de decir que todos esos encantos serían para un simple sargento de gendarmes.

ANITA Vamos, cállese usted. (Ruborosa.)

ENR. ¿No dice que me calle y está deseando que le regalen el oído? ¿Oye usted, señora Catalina?

CAT. No le hagas caso, Anita. (Sonriéndose con los piropos.)

ANITA Además, ¿usted qué sabe si tengo ó no tengo novio? ¿Se lo he dicho yo, por ventura?

ENR. No me lo has dicho, pero tienes unos ojos muy habladores.

ANITA ¿Y qué dicen mis ojos?

ENR. Pues dicen... Estamos prendados de un bravo sargento de gendarmes, joven, apuesto, gallardo, y estamos deseando que entre por esa puerta para mirarnos en él. (Se abre la puerta del foro.)

ANITA (Dirigiéndose al foro.) ¿Será?...

WAL. (Aparece.) Santas y buenas noches.

ANITA Creí... (Volviendo contrariada.)

ENR. Te has engañado.

ESCENA VII

DICHOS y WALTER

WAL. ¿Qué, se aguardaba á otro?

ANITA No, señor Walter... Buenas noches.

ENR. Sí, señor Walter. (Imitando el tono de Anita.)

ANITA No haga usted caso... Vaya unas bromitas... Yo no espero á nadie... Volví la cabeza al oir que abrían la puerta... porque sí... como la vuelvo siempre...

ENR. ¡Miren cómo disimula la hipocritilla!

WAL. Estoy en el secreto. (Riéndose.) Ya sé que aquí huele á boda.

ENR. Y á boda rica.

WAL. Yo conozco á la novia y al novio.

ENR. Y yo al novio y á la novia.

CAT. ¡Vaya unos abuelos alegres!

WAL. Alegres, sí, señora. Y en prueba de que lo estamos, propongo...

ENR. ¿Un brindis?

WAL. Justo.

ENR. Aceptado.

WAL. Brindaremos á la salud de Cristián.

ENR. ¿A que Anita no rehusa un sorbo? (Luisa entra en este momento con un farol encendido, que deja sobre la mesa.)

CAT. ¡Luisa, sube una botella de la bodega!

LUISA Bueno, señora. (Vase.)

WAL. Y este farol, ¿para qué es?

ENR. Para ponerle en el carro.

ANITA (Apagando el farol) No hace falta... La luna alumbrará á ustedes.

WAL. Muy bien dicho. Que nos alumbre la luna.

LUISA Aquí está el vino. (Entra con una botella y vasos)

WAL. ¡Brindemos con Anita! (Escanciando.) El primer brindis, y supongo que no será el último.

ENR. Este es el de la boda. Repetiremos en los bautizos.

CAT. ¡Vaya, basta de bromas!

WAL. ¡A la salud de la hermosa Anita y de su enamorado sargento! (Beben.)

ENR. Por cierto que si yo fuera joven, esta boda no se haría tan fácilmente... No, señor... ¿qué se había de hacer?

ANITA ¿Cómo que no? ¿Por qué?

ENR. ¿Por qué? Porque yo no consentiría que un forastero viniese con sus manos lavadas á llevarse la chica más bonita, más simpática y más rica de cuarenta leguas á la redonda. ¡Primero tenía que habérselas conmigo!

WAL. ¡Y conmigo!

ENR. En mis mocedades no hubiera pasado eso, ¡ni pensarlo!

WAL. Ni en las mías tampoco.

ANITA Yo no hubiera querido á ningún otro. El novio no se elige, se encuentra.

WAL. ¡Miren cómo se explica la chiquilla inocente!

ENR. ¡Muy bien dicho, qué diantre!

ANITA (Escuchando.) ¡Ya viene!

ENR. Si es el viento que hace ruido.

ANITA No, no; ¡es él!

ESCENA VIII

DICHOS y CRISTIÁN

WAL. ¡Es él!

ENR. ¡Es él!

CAT. ¡Es él! (Todos ríen.)

ANITA ¡Cristián!

CRIST. ¡Anita! (Se dirige hacia donde están los otros, después de haberse sacudido la nieve que traía en el capote.) Buenas noches, señores. Buenas noches, señora Catalina.

TODOS Muy buenas.

WAL. No se engañó la enamorada.

ENR. ¡Ya, ya! (Se ríen ambos. Anita baja los ojos.)

CRIST. Pero, ¿qué sucede?

ENR. Nada, señor sargento.

CRIST. ¿De qué se ríen ustedes?

WAL. Pues de que, al llegar usted, oimos á cierta persona decir: «¡Es él!»

CRIST. ¿A cierta persona? (Mirando á Anita.)

ENR. A ella, precisamente.

CRIST. Eso revela que estaba pensando en mí.

ENR. Así parece. ¿No es verdad, Anita?

ANITA Es cierto. (Con algun rubor.)

CRIST. (Acercándose.) Anita. (Habla en voz baja con Anita.)

WAL. (A Enrique.) Ya empiezan los arrullos.

ENR. El *tortoleo* de siempre... ¡Quién pudiera volver al estado de tórtolo!

CAT. ¿Ha estado usted en el campo, Cristián?

CRIST. Sí, señora... Vengo de Howald... ¡Y vaya un nevazo! He pasado grandes temporales en Auvernia y en los Pirineos, pero como

éste nunca sufrí ninguno. (Se sienta junto á la estufa para calentarse. Anita entra en la cocina con un jarro de vino, que pone sobre la estufa.)

ANITA Espera que se temple el vino... Estará mejor.

WAL. ¡Cómo le cuida! De seguro que á nosotros no nos serviría del mismo modo.

CRIST. Ustedes no lo necesitan.

ENR. Eso es verdad. Todavía no nos falta calor, á Dios gracias. Y da lástima ver á todo un sargento de gendarmes tiritando de frío y esperando á que una joven le dé vino caliente para entrar en reacción.

ANITA ¡Vaya unas cosas que se le ocurren!

CRIST. Defiéndeme, Anita; no dejes que me acobarde este señor, que se burla de la nieve y del viento, metido aquí bajo techado, y junto al fuego. ¡Buena cara tendría si hubiera estado, como yo, cinco horas corriendo por el campo!

CAT. ¿Ha estado usted cinco horas en Howald? ¡Dios mío, qué obligación tan penosa!

CRIST. ¡Qué quiere usted! A cosa de las dos vinieron á avisarnos que los contrabandistas pasarían el río al anochecer con tabaco y pólvora, y hubo que salirles al encuentro.

ENR. ¿Y pasaron?

CRIST. ¡Qué habían de pasar esos vagabundos! Hubo soplo. ¡Qué inviernos tan crueles los de esta tierra!

WAL. No todos, señor sargento. Quince años hacía que no se presentaban temporales tan rigurosos como estos.

ENR. Es verdad, quince años. Desde el invierno del polaco no se había visto tanta nieve como ahora.

CRIST. ¿El invierno del polaco? ¿Le llaman del polaco porque fué crudo?

WAL. No, señor sargento, se le llama así por otra cosa que no se olvidará fácilmente en esta comarca. De seguro que la señora Catalina se acuerda.

CAT. ¡Ya lo creo! Pues poco que nos impresionó á todos.

ENR. Buena ocasión fué aquella para ganarse una cruz ó un empleo redondo, señor sargento. (Empieza á oirse el viento que ruge por fuera.)

ANITA ¡Cómo arrecia el vendabal! ¡Vaya una noche!

CAT. Quiera Dios que tu padre no esté en camino.

CRIST. ¿Conque ocasión para ganarse una cruz? ¿Y cómo? ¿Cuál fué el suceso horrendo, inolvidable, que podía servir para lucimiento de un gendarme encargado de defender á las personas honradas contra salteadores y aventureros?

WAL. Yo lo contaré porque le conozco con todos sus detalles y no por referencias. Mis ojos lo vieron como les estoy viendo á ustedes... En esta misma noche hace quince años que estábamos sentados al rededor de esa mesa, (Señala la del lado derecho.) y en compañía del alcalde, de Mathis, que hacía cinco ó seis meses que era dueño del molino, varios amigos que ahora duermen el último sueño allá, bajo los cipreses del camposanto. (Como enternecido.) Allá iremos todos, unos antes, otros después: pero todos al fin. Felices los que no tengan ningún peso abrumador sobre su conciencia.

CRIST. Pero, ¿qué le sucede á usted?

ANITA Se ha enternecido.

ENR. Es que tiene el vino triste... Falta de lastre... Vaya otro vaso. (Se lo da y Walter bebe.)

CRIST. Y siga el cuento.

WAL. Nada de cuento; verdad y muy verdad. Estábamos, como dije, al rededor de esa mesa jugando á las cartas. Dieron las diez en el reloj del pueblo, luego oimos el ruido de los cascabeles de un trineo que se paró á la puerta, y poco después apareció un polaco, un judío polaco, hombre como de cuarenta y cinco á cincuenta años, robusto, buen mozo. Me parece verle entrar ahora...

ANITA ¡Ay, Jesús!

CRIST. Tonta, no tengas miedo.

WAL. Me parece verle entrar con su capote con pieles, su gorro de pieles también, con es-

pesa barba obscura y botas altas. Era un comerciante en granos que iba, sin duda, de un punto á otro obligado por los negocios. Al entrar, con voz pausada nos dió las buenas noches. Todos volvimos la cabeza para contestar al saludo, y pensando á la vez: ¿De dónde viene este hombre? ¿Qué querrá? Es de advertir que los judíos polacos que venden las simientes no pasan por aquí generalmente hasta el mes de Febrero... Mathis se levantó para preguntar al nuevo huésped lo que deseaba; pero el judío, antes de contestar se despojó de la capa, se quitó un cinto que llevaba puesto, le arrojó sobre la mesa, en la cual sonó como si estuviera repleto de oro, y después dijo: «Que metan mi caballo en la cuadra... Dentro de dos horas, reanudaré el viaje.» En seguida pidió una botella de vino, se sentó sólo enfrente de una mesa y se puso á beber, sin hablar con nadie, cabizbajo, triste, como si los negocios le preocupasen mucho. A las once nos retiramos todos y el polaco continuaba sólo, delante de la botella, dándole vueltas sin duda en la imaginación á la idea que tan preocupado le tenía. (El viento, que ha seguido sonando, da en este momento un gran mugido y se oye un gran estrépito como de cristales rotos.)

CAT. (Levantándose.) ¡Ay, Dios mío! ¿qué sucederá?

ENR. Poca cosa, unos cristales menos. Ganancia para el vidriero.

CAT. Voy á ver... (Haciendo ademán de salir.)

ANITA No madre, no salgas ahora.

CAT. No tengas miedo. En seguida vuelvo. (Se va.)

ESCENA IX

ANITA, ENRIQUE, CRISTIAN y WALTER. Durante esta escena Anita recoge la labor de su madre y la suya, las coloca sobre el aparador y después vuelve á escuchar

CRIST. Vamos, continúe usted su relato, porque sigo sin ver el motivo para ganarse la cruz de marras.

WAL. Espere usted, señor sargento, que todo se andará. Al día siguiente del en que ocurrió lo referido, aparecieron el caballo del polaco sobre el puente de Wechem, y unos cien pasos más allá, en el arroyo, el capote y el gorro de pieles del judío, empapados de sangre. Del hombre no quedó el menor rastro. (Pausa.)

ENR. También yo lo recuerdo muy bien. Después vinieron los gendarmes del puesto de Rothan, á pesar de la nieve, y aquí estuvieron bastante tiempo.

CRIST. Pero, ¿se practicarían pesquisas, se harían averiguaciones?

ENR. No que no. Un antecesor de usted, el sargento Kelz, estuvo encargado de ellas, aunque inútilmente.

CRIST. Es extraño... Pero sospechas, por lo menos, habría sospechas contra alguien.

ENR. Esas no faltan nunca. Se sospechó de los dos hermanos Kasper y Yokel. Como era natural, prendieron á los sospechosos, y los dos estuvieron quince meses en la cárcel; pero como no se les pudo probar el crimen los soltaron al fin... Desde entonces viven en esa choza que hay á la salida del pueblo.

CRIST. Pues, en efecto, el hecho es muy extraño.

ENR. Yo creí que usted lo sabía.

CRIST. Ni una palabra. (Vuelve á entrar Catalina.)

ESCENA X

DICHOS y CATALINA

CAT. (Entrando.) Ya me figuraba yo que Luisa habría dejado abierta la ventana de la cocina. Por más que predico á esa muchacha, no consigo que me haga caso.

WAL. A su edad, no tiene nada de particular. La juventud no gusta de sermones.

CAT. ¿Cristián?

CRIST. Señora.

CAT. Fritz está en la puerta de la casa esperando á usted. Tiene que hablarle.

CRIST. ¿Fritz el gendarme?

CAT. Sí; le dije que subiese, pero no ha querido. Dice que le trae un asunto del servicio.

CRIST. Entonces, voy allá. (Se levanta, coge su tricornio que dejó colgado y se dirige hacia la puerta del foro, donde le detiene Anita. Catalina se sienta otra vez, y á su lado quedan Enrique y Walter.)

ANITA ¿Te vas?

CRIST. Sí, pero vuelvo en seguida.

ANITA No tardes. ¡Nos vemos tan poco!

CRIST. Mis obligaciones son tan imperiosas... (Quedan hablando en voz baja.)

ENR. (A Catalina.) Al sargento le esperan los asuntos del servicio, pero le corren más prisa los del amor. Mírelos usted, mírelos usted qué derretiditos están.

WAL. ¡Jalea pura!

CAT. ¡Envidiosos!

ANITA ¡Hasta luego!

CRIST. ¡Adiós! (Vase.)

ESCENA XI

CATALINA, WALTER, ENRIQUE y ANITA

WAL. Al fin se separaron. Ese Cristián es un bravo mozo, un excelente muchacho.

ANITA ¿Verdad que sí? Es muy bueno, y además me quiere mucho.

ENR. Con eso no hace ningún sacrificio. ¡Quererte! Caramba, cualquiera haría lo propio.

ANITA Ea. Ya trata usted de poner faltas á mi novio. Pues no se lo tolero, no, señor. Se aparta de mí para cumplir sus deberes, pero tengo la seguridad de que yo ocupo su pensamiento por entero.

WAL. No digo lo contrario.

CAT. Muy bien contestado, hija mía.

ANITA Un beso, madre. (Se besan.)

ENR. Cuadro completo. La felicidad reina en esta casa, y se va á aumentar con el nuevo ma-

trimonio. Por supuesto, que el señor alcalde, desde que le conozco, tiene el santo de cara, como suele decirse. Todo le sale bien. Compró este establecimiento á Jorge, que se había arruinado en él; creímos que no podría pagarle, pero cumplió todas sus obligaciones. Fué amontonando ganancias, y la posada quedó por suya al poco tiempo. Adquirió después el hermoso prado de la Bruche, las doce fanegas de regadío de Jinmarh y la serrería de *Las tres encinas.* Más tarde, se queda con el molino, y por último, con el almacén de maderas. Coloca su dinero en buenas hipotecas, conquista simpatías entre los vecinos, que le nombran alcalde, y á todo esto, Anita, su hija única, chicuela vivaracha y alegre, se convierte en mujer y no vulgar, sino en mujer hermosísima, la más hermosa del pueblo... ¿Qué le faltaba al señor Mathis? Encontrar un yerno, un continuador de su fortuna que no viniese á deshacer en cuatro días la riqueza acumulada en muchos años. ¡Pues lo encuentra también! Nada, señora Catalina: su marido de usted nació de pié. Es feliz, y se lo merece porque ampara á los pobres y no adultera el vino.

WAL. Dices bien. (Riéndose.)

CAT. Aparte de exageraciones, no podemos quejarnos de la suerte.

ENR. ¡Quejarse ustedes! Nosotros sí que podemos quejarnos. Sobre todo del tiempo, que nos impide volver á casa.

ANITA Pues el temporal continúa.

ENR. Entonces no me muevo de aquí esta noche. Que aguarde mi mujer.

ANITA Parece que viene.

ENR. ¿Mi mujer?

WAL. No, Cristián. Se oye el ruido de las espuelas.

ANITA Voy á ver. (Se abre la puerta del foro y aparece Mathis, envuelto en una gran capa llena de nieve, con gorra de piel de nutria, un látigo grande en la mano y con botas altas y espuelas.)

ESCENA XII

DICHOS y MATHIS

MAT. ¡Gracias á Dios que llegué!

ANITA ¡Padre!

CAT. ¡Mathis!

MAT. ¡Aquí me teneis!

ENR. ¡Señor alcalde!

WAL. Bien venido.

MAT. Creí que no llegaba nunca. ¡Qué noche más infernal! Vengo medio muerto de cansancio, de frio y de hambre. Tuve que dejar el coche en Bichen. Mañana lo traerá Juan.

CAT. Estábamos impacientes. Trae la capa. (Se quita la capa.)

ANITA Temíamos que te ocurriera alguna desgracia.

MAT. Por eso me empeñé en llegar á casa esta misma noche. (Acercándose á la estufa.) Conque ¿qué hay de nuevo, Walter? ¿Qué sucede, Enrique?

WAL. Pues aquí nos tiene usted sin poder emprender el viaje.

ENR. Eso; estamos esperando una clara y soplándonos las yemas de los dedos para entrar en calor.

CAT. (A Luisa desde la puerta izquierda.) Prepara la cena del amo que ya ha venido y dí á Nickel que meta el caballo en la cuadra.

LUISA (Desde dentro.) En seguida.

MAT. La noche no está para viajes.

WAL. Pues su hija de usted quería que nos fuésemos sin farol para que nos alumbrase la luna.

ENR. La luna no la veríamos, pero las estrellas de fijo que las vemos.

MAT. Sí, del volquetazo.

ANITA Suponíamos que el primo no te dejaría salir.

MAT. Algo de eso hubo. Por la mañana despaché mis asuntos y quise regresar en seguida, pero Bóth me detuvo para que viese la comedia.

ANITA ¿Comedias en Ribeauville? ¡Y poco que me gustan á mí!

MAT. Te diré, el espectáculo de Ribeauville no es de comedia precisamente.

WAL. Alguna cuadrilla de titiriteros...

MAT. Tampoco. La función la daba un parisiense que hace juegos de manos y cosas como de sortilegio y brujería. Figuraos que duerme al que quiere...

ANITA ¿Que duerme al que quiere?

MAT. Así como suena.

ENR. ¿Le da algún narcótico?

MAT. No.

CAT. ¿Entonces?

MAT. El parisiense de las brujerías para dormir á una persona le basta con cogerle las manos y mirarle fijamente... así. (Haciéndolo con Anita.) Y en seguida se ve que la persona á quien mira, cierra los párpados, inclina la frenta y queda aletargada.

ANITA ¡Qué rareza!

WAL. Ya sé lo que es eso. Me hablaron de ello el otro día. Y además de dormir á las gentes, ese endiablado parisiense les hace hablar y decir todo lo que tienen en la conciencia.

ANITA Vamos, como si se confesaran.

MAT. Justamente... Pero en alta voz, sin reflexionar ante quien hablan, sin medir la gravedad de lo que relatan... Es muy peligroso dormir así... Muy peligroso...

ANITA ¿Peligroso?

MAT. Para los que tengan algo que ocultar... Para los que guardan secretos terribles. (Comprendiendo que ha ido demasiado lejos.) Para los otros no... Para mí, por ejemplo, no sería peligroso.

ENR. Claro.

WAL. ¿Pero tú, Mathis... no te dejarías dormir?

MAT. ¡Yo! No... de ningún modo... Se debe sufrir mucho. ¡Mucho!

ANITA Tampoco yo; ni sé como hay quién se someta á las pruebas de ese charlatán... Demasiado sufrirá el que guarde en la conciencia un secreto vergonzoso sin que encima venga

un vividor y, para divertir á los demás, descubra cosas recatadas para todos los ojos, para todos, menos para los divinos.

MAT. (Que ha oido á su hija atentamente.) Bien, hija mía, dices bien. Eres mi mayor alegría. (La besa.)

CAT. Diablo de chica y qué bien discurre.

ENR. Como su madre. Lo que se hereda no se hurta.

MAT. Apropósito Anita. En el bolsillo de mi capote hay un regalo que te he comprado.

ANITA ¿Un regalo?

MAT. Sí; á ver si te gusta.

ESCENA XIII

DICHOS y LUISA

MAT. Luisa, llévate las polainas y las espuelas y déjalas sobre la silla del caballo. (Levantándose.) Ajajá.

LUISA (Haciendo lo que le indican.) En seguida, señor.

ANITA (Saca una caja del capote y de la caja cuando el diálogo lo indique una toca alsaciana con lentejuelas de oro y de plata.) ¿Es esto?

MAT. Eso mismo... Ea, abre la caja, curiosilla...

CAT. Tu padre siempre mimándote.

WAL. Pues qué ha de hacer.

ENR. Ahí viene el regalo de boda.

ANITA ¡Ah! qué bonita... Mira, madre, mira qué toca más linda.

CAT. ¡Preciosa!

ANITA En toda Alsacia no la hay más elegante.

MAT. Te gusta, ¿eh? (Con satisfacción.)

WAL. Que se la pruebe.

CAT. Sí, póntela, haber como te sienta.

ANITA Voy. (Se dirige al espejo y delante de él se pone la toca. Los demás rodean á Anita.

CAT. Yo te ayudaré... Es bonitísima.

WAL. Y luego la cabeza que adorna...

ENR. Eso. Hay que verlo todo.

ANITA Ya está... ¿Me sienta bien?

CAT. ¡Admirablemente!

ANITA ¿Le gustará á Cristián?

ENR. Ya pareció el peine.

MAT. ¡Pues ya lo creo! Con esa toca irás á la iglesia.

WAL. Y cuando las muchachas la vean, de seguro que se quedan embobadas de admiración.

ENR. O de envidia.

CAT. Nada, que el regalo es de mucho gusto.

MAT. Bien, muy bien. Todos rodeamos á la novia con la boca abierta, pero yo que soy el padre, el autor del regalo, el que aún se propone hacer mejores obsequios, estoy sin cenar.

ANITA ¡Ay, Dios mío, tiene usted razón!

CAT. Perdona. Con la chica se nos fué el santo al cielo.

MAT. Pues venga la comida á la tierra.

CAT. Ahora mismo. (Saca del aparador jamón, pan, una botella y vasos que pone sobre la mesa. Anita la ayuda.) Y eso que no mereces mis cuidados.

MAT. ¿Que no? ¿Porqué?

CAT. Porque de mí ya no te acuerdas. Antes, en los primeros años de nuestro matrimonio, siempre que volvías de un viaje me traías algún recuerdo... Pero ahora no; todo para ella, para la niña... ¡Cómo cambian los tiempos!

WAL. Esto si que es curioso. La madre tiene celos de la hija.

ENR. Señora Catalina, con los años se van las zalamerías. El tiempo arruga la cara y el corazón.

CAT. Es verdad.

MAT. (Con cariño.) ¡Bah!... No hagas caso, tontuela... Tampoco me he olvidado de la vieja... Cuando traigan el coche ya verás como vienen otras frioleras para tí. (Empieza á comer.)

CAT. ¿De veras?

MAT. Por supuesto. Y no atiendas á esos parlanchines que tratan de indisponer al matrimonio. (Echa vino en los vasos.) ¿Eh? amigos... Vaya un vaso á ver si bebiendo se os quitan las ganas de murmurar.

ENR. Con eso se quitan las ganas de todo. (Beben los tres y chocan los vasos.)

MAT. Pero hace ya un rato que echo de menos á Cristián. ¿Por dónde anda?

ANITA Vinieron á buscarle para asuntos del servicio y tuvo que irse... Pero dijo que volvería pronto.

MAT. Bueno, bueno: Me gusta que sea fiel cumplidor de sus deberes.

CAT. Hoy regresó tarde del campo... Estuvo de vigilancia en Howard.

MAT. Pues poco divertida habrá sido la vigilancia. En el monte hay más de cinco palmos de nieve.

WAL. Ya hemos hablado del temporal antes. Precisamente le decíamos al sargento que año como este no se había conocido desde el invierno del polaco. (Mathis que iba á beber, al oir estas palabras retira el vaso y lo deja sobre la mesa.)

MAT. (Visiblemente emocionado, aunque procurando ocultar su emoción.) ¡Ah! sí... del polaco... cierto... ¿Todavía os acordais de aquello?

WAL. ¿Pues á quien de nosotros se le puede olvidar.

MAT. (Con emoción.) Sí... Dices bien... ¡No se puede olvidar?

ENR. Ya se acordará usted, señor alcalde, ¿verdad?

MAT. (Sin poderse contener.) ¿De qué? ¿De qué voy á acordarme?

ENR. Del temporal... Fué tremendo... ¡Cómo estaba el piso con la nieve helada! Más de seis palmos había en el puente... ¡Aún me parece que veo al caballo del judío levantando la cabeza entre los copos...

MAT. (Aparentando indiferencia para ocultar su emoción.) Sí... sí... Tienes buena memoria, Enrique... Pero ya esas historias viejas, ¿á qué vienen? Parecen cuentos de los que se relatan al amor de la lumbre para entretener á los chiquillos.

WAL. ¡Cuentos! ¡Demonio con los cuentos! ¡No pensará del mismo modo el pobre judío en la eternidad! Aquel judío que vimos entrar por esa puerta con su capotón, su gorro de pieles y sus botas altas.

ENR. A esta hora precisamente.

CAT. Y en una noche semejante. ¡Hace quince años!

MAT. (Muy emocionado.) ¡Vaya unos recuerdos alegres! Ea... Dejemos esas cosas tan fúnebres. El judío desapareció, Dios sabrá cuál fué su fin. ¡Sólo él lo sabe!

ANITA Sí, sí... no hablen ustedes de eso... Me da miedo...

WAL. Pero, ¿y el asesino?

MAT. El asesino... Algún miserable... Pero ya no se descubrirá su delito... Es imposible que se descubra... Dejemos á la justicia divina la tarea de pedirle cuentas. (Bebe.) ¿Se oye ruido de cascabeles? (Pausa. Todos quedan como entristecidos. En este momento se oyen los cascabeles de un trineo y el trote del caballo que se para frente á la puerta de la casa. Después se abre la puerta del foro y aparece en ella un judío polaco envuelto en un capote de pieles, con grandes botas altas que suben por encima de la rodilla, en suma, con un traje igual al descrito en la escena octava. El recién llegado mira al llegar á los que ocupan la estancia, los cuales vuelven la cabeza.)

ANITA ¡Un forastero!

JUDÍO (Avanzando.) Buenas noches.

CAT. (Levantándose.) ¿Qué desea?

JUDÍO Que metan mi caballo en la cuadra... Dentro de dos horas reanudaré el viaje. (Al decir esto se despoja del capote, se quita un cinturón que lleva puesto, lo deja caer sobre la mesa y al caer produce un sonido metálico. Mathis se levanta con los ojos clavados en el polaco y las manos apoyadas en los brazos del sillón donde está sentado. El polaco le mira también fijamente. Mathis, vacila, extiende los brazos, da un grito y cae desplomado. Confusión.)

MAT. (Cayendo.) ¡Jesús!

CAT. ¡Mathis! ¡Mathis!

ANITA (Con voz desgarradora.) ¡Padre de mi alma! (Todos acuden á socorrer al caído. Cuadro.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Cuarto en casa de Mathis. Puerta á la derecha que comunica con la sala de la posada. Ventanas en el foro que dan á la calle. A la izquierda un armario de roble. Mesas y sillas. En medio de la habitación una estufa, al lado de la cual aparecerá Mathis sentado en un sillón. Catalina, con traje de día de fiesta, sentada á un lado, y en pié, al otro, el Doctor Frantz.

ESCENA PRIMERA

MATHIS, CATALINA y EL DOCTOR FRANTZ

DOCT. ¿Cómo se siente usted, señor alcalde?

MAT. Muy bien.

CAT. ¿No tiene ya dolor de cabeza?

MAT. No, nada.

DOCT. ¿Ni zumbido de oídos?

MAT. ¡Tampoco!... ¡Cuando yo digo que estoy bien, perfectamente bien!

DOCT. Bueno. Más vale así.

CAT. (Al Doctor.) Sin embargo, desde hace algún tiempo sufre, mientras duerme, pesadillas espantosas, da grandes voces, dice cosas extrañas y tiene necesidad de levantarse para beber agua fresca.

MAT. (Mirando á su mujer y con mal humor.) ¡Vaya una cosa! Todo el mundo suele tener sed durante la noche... ¡Todo el mundo sueña!

DOCT. Sin duda; pero hace falta someterse á un régimen. Bebe usted mucho vino blanco, señor alcalde; el vino blanco, tomado con ex-

ceso, y el género de vida que hace usted, le predisponen á los ataques de gota y á las congestiones cerebrales... Enfermedades de rico, pero muy peligrosas. Así se explica lo que le ocurrió anteanoche. Se había usted excedido algo en la bebida en casa de su primo; luego emprendió la caminata. El frío era intenso y la sangre se agolpó al cerebro, produciéndole el amago de apoplegía que por fortuna hemos conjurado.

MAT. Puede que tenga usted razón en lo del frío. Por supuesto que no hace falta buscar mucho para encontrar la causa de mi accidente. ¿Sabe usted quien me lo provocó? Pues el judío polaco que entró anteayer en mi posada..

DOCT. Pero ¿cómo?

MAT. Verá usted. Desde el día en que ví al antiguo sargento Keltz que traía la capa y la gorra del *otro*, del otro judío desaparecido para siempre, me sentí trastornado. Aquel infeliz estuvo en esta casa durante el corto tiempo que precedió á su asesinato ó lo que fuese. Después pasaron los años y nos olvidamos del suceso que fué la comidilla ordinaria de estos lugares durante algunos meses. ¡Todo se olvida! ¿verdad, Doctor?

DOCT. Naturalmente.

MAT. Por supuesto, que si las cosas no se olvidaran y estuvieran los recuerdos desagradables golpeándonos el cerebro como con una maza de plomo, sería cosa de morirse para descansar... Pues bien; á todos se nos olvidó lo del judío... ¡Quién se acordaba ya de aquello! Pero de pronto anteanoche ví entrar á un tratante en granos, polaco también, vestido como el *otro* y diciendo casi las mismas palabras, ¡las mismas!... Me pareció que el difunto volvía á la vida. (El Doctor sonríe y hace ademán de interrumpirle.) Ya sé, ya sé que eso de los aparecidos es una patraña, y que los muertos, muertos están por los siglos de los siglos, pero, ¿qué quiere usted? Perdí la cabeza, y el recuerdo sepultado en la memoria

surgió de improviso en ella, haciéndome ver cosas horribles, muy horribles.

CAT. ¡Vamos, no pienses en eso!

DOCT. Lo que yo le digo. El vino y el frío provocaron la congestión. Cuando la sangre invade el cerebro las ideas se enturbian y se producen alucinaciones.

MAT. (Como razonando consigo mismo.) Sí, la sangre... ¡cierto!... La sangre lo enturbia todo... (Reponiéndose.) Pero, ¡qué diantre! ya pasó el susto...y ahora á ser precavidos.

DOCT. Justamente.

MAT. (A Catalina.) ¿Avisaste al Notario?

CAT. Sí, tranquilízate.

MAT. No, si ya estoy tranquilo, pero como quiero precaverme contra cualquier contingencia, deseo que el matrimonio de mi hija se verifique lo más pronto que sea posible. Cuando se ve que un hombre como yo, sano de cuerpo... y de alma también, de repente puede inclinar la cabeza y morir, no conviene que tenga asuntos pendientes. Y el de colocar á mi hija y con persona que pueda velar por tí y por esta casa, adquirida tras tantos afanes, tantos... es de todos mis deberes el que más me preocupa... ¡Qué sucedería si yo muriese de improviso, dejándoos solas, quizás sin haber asegurado vuestra felicidad.

CAT. (Limpiándose los ojos con el delantal.) ¡Quieres callar!

MAT. No, no. Que se case Anita, que yo la vea feliz, y luego... luego lo que Dios quiera.

DOCT. Permítame usted, señor alcalde, una observación. Por unos días se debería aplazar la ceremonia de firmar el contrato de esponsales. Siempre emociona el acto y usted debe evitar las emociones.

MAT. (Impaciente.) ¿Por quién me ha tomado usted, doctor? Bueno que me recete potingues y que yo los trague, pero no quiera también prohibirme que me prepare, *por si acaso.* Usted á dictarme el plan que yo he de seguir... En cuanto á mis negocios, déjeme disponer de ellos como me convenga... Ya

conoce usted el refrán: «Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.»

DOCT. Corriente; no hay que impacientarse... Puede usted hacer lo que guste.

CAT. Pero si...

MAT. (Interrumpiéndola.) Ea... no te empeñes. Que vengan el Notario y los testigos, que se firme el documento y asunto concluído.

CAT. No te incomodes.

DOCT. (A Catalina.) Hay que acceder á su deseo. Si le contrariamos, será peor el remedio que la enfermedad.

ESCENA II

DICHOS, WALTER y ENRIQUE

WAL. ¡Bravo! Estamos ya fuertes, ¿eh?

MAT. Hola, ¿sois vosotros, buenas piezas? (Con jovialidad.)

ENR. ¿Cómo va?

MAT. A Dios gracias, salvamos la piel.

WAL. ¡Cuánto me alegro!

ENR. Y yo... ¡Ya se pasó todo!

MAT. Sí, se ha pasado. Por cierto que tú tuviste la culpa de mi ataque.

ENR. ¿Yo?

MAT. ¡Vaya! La historia del polaco me hizo efecto.

ENR. ¿Quien podía presumirlo?

MAT. Claro. Pero la maldita casualidad de que el otro entrase así tan de improviso... No parecía sino que surgía de la tierra evocado por la conversación.

WAL Le digo á usted, señor doctor, que al aparecer el judío sentí que los pelos se me ponían de punta.

CAT. Esos temores supersticiosos son impropios de hombres.

MAT. Tienes razón... Doblemos la hoja... Tengo que daros una buena noticia. Hoy mismo se firma el contrato para el matrimonio de Anita.

ENR. La cosa corre prisa.

MAT. Quizá... Mi ataque puede ser un aviso... Yo me entiendo.

WAL. Aprensiones... ¡Quién piensa en morirse!

MAT. Yo pienso... De manera que si queréis ser testigos de la novia quedaos... A las once, después de la misa, se firmará el contrato. Todo está dispuesto.

WAL. Si es tu deseo...

MAT. Sí que lo es.

WAL. Entonces, por mí, con mucho gusto.

ENR. Pues por mí no digamos... Los preparativos de boda me entusiasman; son capaces de hacer resucitar á un muerto.

MAT. Calla... No hables de eso... ¡Resucitar á un muerto!

ENR. Señor alcalde, si yo me refiero á la fiesta doméstica, que es en una boda animadísima siempre. Firma la novia, firma el novio; la madre echa una lagrimita, la hija abraza á la madre, mirando de paso al novio con mucho mimo... El padre se siente satisfecho y los parientes y convidados hablan en voz baja de la dote de ella, de las dotes de él y de los regalos de los amigos. Después la fiesta y el jolgorio... Se canta, se baila y, sobre todo, se bebe... En un día semejante no hay tonel seguro... Sin vino un matrimonio no puede ser feliz...

WAL. ¿Por qué?

ENR. Porque es un matrimonio al agua.

MAT. ¡Siempre de buen humor! (Dándole la mano.)

ENR. Siempre, señor alcalde, siempre.

MAT. (A Catalina.) ¿Está todavía en casa el polaco?

CAT. No, hombre, no; se marchó ayer muy pesaroso, por cierto, de lo sucedido.

MAT. (Aparentando mucha tranquilidad) Siento que se haya ido. Hubiera deseado verle, estrechar su mano y después invitarle á la boda... ¿Por qué he de querer mal á ese hombre? ¿Tiene él la culpa de que los judíos polacos puedan parecerse?

ENR. ¡Claro que no! Son distintos judíos pero con los mismos collares... ó si se quiere gorras.

WAL. Quedamos, pues, en que á las once en punto vendremos.

MAT. Sí. (Al Doctor.) También desearía que usted, doctor Frantz, nos honrase con su presencia.

DOCT. Con mucho gusto. (Se oye tocar á misa.)

ENR. El segundo toque... Vamos. Hasta luego, señor Mathis. Después del segundo toque, el tercero; luego á misa y en seguida á la mesa.

MAT. ¡Glotón! Ya estás pensando en la comida. (Riéndose.)

ENR. Si digo la mesa para extender el contrato. No es cosa de que firmemos en las palmas de las manos.

WAL. En marcha.

MAT. Hasta luego. (Vanse Enrique y Walter.)

DOCT. Adiós y no eche usted en olvido mis advertencias. Mucha sobriedad.

MAT. Adios doctor... Siempre sermoneando.

ESCENA III

MATHIS y CATALINA llamando á ANITA desde fuera derecha

CAT. ¿Anita? ¿Anita? Vamos, hija mía, despacha.

ANITA (Desde su cuarto.) Allá voy.

CAT. (Saliendo) Ya es hora de que concluyas. Acaba de dar el segundo toque.

ANITA En seguida.

CAT. (A Mathis.) Cuando se pone á emperifollarse, no sabe terminar.

MAT. No la riñas... Déjala que se vista... No hay prisa.

CAT. Pero si lleva ya una hora en esa tarea... Si no acaba nunca.

MAT. ¿Y á qué correr? Aun llegarás á tiempo y el sitio de preferencia no te lo han de quitar.

ANITA Ya estoy aquí. (Saliendo.)

ESCENA IV

DICHOS y ANITA

CAT. Por fin concluiste.

ANITA Vaya, de cualquier modo... Me dabas tanta prisa.

CAT. Prisa ¿eh? Pues si llegas á estar despacio, ¿cuánto hubieras tardado?

ANITA No tienes razón para quejarte. Te olvidaste ya de los tiempos en que eras joven como yo, y como yo tenías la cabeza llena de ilusiones. ¿Qué delito hay en que una joven se mire un poco más de lo preciso al espejo?

MAT. Tienes razón, hija mía... Tu madre fué la muchacha más presumida de este pueblo.

CAT. ¡Eso! Dale la razón á tu hija en contra mía...

MAT. Haya paz.

ANITA ¿Y qué tal me sienta la toca? Hoy la estreno. (Acercándose á su padre.)

MAT. Muy linda, pero vale cien veces más cuando la llevas tú.

ANITA ¡Qué bueno eres! (Le abraza.)

CAT. Ea... Ahora sólo falta que empeceis á echaros piropos.

MAT. ¿Tienes envidia?

CAT. Vamos...

MAT. ¡Y dale con la premura!

ANITA ¡Pero si aun no ha venido Cristián! Tenemos que esperarle.

CAT. ¡Esperar á tu novio! Eso nos faltaba... Además, ir con el novio á misa tiene algo de impío.

ANITA ¿Por qué? Yo creo que se puede amar á un hombre sin ofender á Dios. Cuando entro en la iglesia y murmuro mis oraciones, me acuerdo de todos aquellos á quienes quiero, y pienso en vosotros, y ruego al Señor que prolongue vuestra existencia por muchos años, y me acuerdo también de Cristián, y pido á la Virgen que me lo conserve sano, salvo y feliz; y así, pidiendo al Todopoderoso

su gracia para los que amo, puedo á un tiempo y, sin pecado, atender á mis deberes para con el cielo y á mis afectos puros de la tierra.

MAT. ¡Qué criatura! Si casi me enternece.

CAT. Todo eso estará muy bien, pero como la misa va á empezar y yo quiero oirla, á la iglesia me voy; no espero más. (Catalina, que tendrá la cabeza cubierta, coge el libro de misa y sale por la derecha.)

ANITA Aguarda, madre, ya te sigo. (Medio mutis.)

MAT. ¡Sin despedirte de mí!

ANITA Nunca. (Volviéndose.) Tonto, si eres tú á quien más quiero. (Le besa.)

MAT. (Devolviéndole el beso.) ¡Zalamera. (Vase Anita.)

ESCENA V

MATHIS

(Se oye cerrar la puerta exterior. Suenan las campanas de la iglesia dando el último toque. Mathis abre una de las ventanas del foro. Algunos vecinos del pueblo pasan con sus trajes de día de fiesta y saludan con respeto, diciendo: «Buenos días, señor alcalde.» Mathis devuelve los saludos y permanece un momento mirando á la calle; después vuelve á la escena y toma un polvo de rapé.) ¡Ya han salido! ¡Todos van á la iglesia! ¡Estoy solo! Tranquilicémonos. (Pausa.) ¡Aquello pasó! ¡Qué lección, Mathis, qué lección!... ¡Con qué facilidad se pierde el juicio! ¡Sólo á un loco le habría sucedido lo que á mí! Asustarse, sobrecogerse de terror porque aparece en la posada un negociante en granos que entra con naturalidad, saludando. ¡Como si los judíos no pudieran parecerse unos á otros! Afortunadamente, y á pesar de mis imprudencias, nada puede sucederme. ¡Las gentes son tan imbéciles que no comprenden la causa verdadera de mi espanto... Por supuesto, que el principal autor de mis temores es ese maldito titiritero, ese endiablado parisiense que

duerme á las personas y las hace decir todo lo que saben. El bribón quería dormirme á mí también... Pero yo me opuse... ¡Dormirme á mí!... Nunca. Yo dormido y dándole sin freno á la lengua... ¡Jamás! Podía escaparse de mis labios alguna historia. (Sonriendo con ceño tétrico.) Pero hay que estar siempre alerta... siempre... Y lo estaré, vaya si lo estaré... Tú morirás viejo, Mathis, con fama de hombre honrado. Verás á tus hijos y á tus nietos felices, colmándote de caricias, de respeto, y, cuando agotada tu existencia, lances el último suspiro, se te dará tumba cristiana, y sobre ella caerá la ancha piedra, en la cual, con letras de oro, se grabará el recuerdo piadoso de los tuyos. Sí; fuera temor... No hay peligro... Todo ha concluído. (Pausa.) Pero como sueñas en alta voz sin darte cuenta de ello, y Catalina lo oye y las paredes también, desde esta misma noche es necesario que duermas solo, en la habitación de arriba, encerrado por dentro, completamente solo, para que no te vendan esas palabras imprudentes que al soñar se te escapan sin querer. (Se levanta.) Y ahora á contar los escudos para el yerno, para que el yerno me quiera mucho. (Se ríe.) Cristián es listo... Vaya si lo es. No se parece á aquel viejo sargento, el sargento Kelz, medio sordo, medio ciego, que instruía las primeras diligencias de un proceso sin saber dónde tenía la mano derecha... ¡Cristián hubiera dado con la verdadera pista!... La primera vez que yo ví á Cristián, conocí su perspicacia... Por eso pensé en seguida: «Tú serás mi yerno, y si alguna vez se descubriera algo, tú me ampararás.» (Se queda grave y pensativo; después se aproxima al armario y le abre. Saca de dentro un talego lleno de monedas de oro que vuelca sobre la mesa y que cuenta y amontona en pilas. De vez en cuando mira atentamente alguna moneda y luego continua. Esta operación debe de ser muy solemne. Durante ella suena la música.) Hemos dicho treinta mil francos. (Cuenta las pilas de mo-

nedas.) Sí, treinta mil... ¡Una buena dote para Anita! (Mirando una moneda.) Esta es antigua... ¡Es de aquéllas!... De las que había en el cinto.. No, para ellos no. (Guardándosela.) Esta para mí... Buen servicio me hizo el dinero de aquel cinto... ¡Ya lo creo! Sin él no hubiera podido pagar la posada... Espiraba el plazo... Ocho días más tarde hubiera venido el escribano y... Pero cuando llegó tenía la cantidad y aun más, mucho más... La herencia de mi tía Martina, como dije para alejar sospechas... El cinto nos salvó... Si Catalina hubiese sabido... ¡Pobre Catalina! (Se oye fuera el ruido de los cascabeles.) ¡Ese ruido! Será en el molino. (Muy agitado.) ¡Nickel!... ¡Nickel! (Se abre la puerta y aparece Nickel con un papel en la mano.)

ESCENA VI

MATHIS y NICKEL

NIC. ¿Me llamaba usted, señor Mathis?

MAT. ¿Hay alguien en el molino?

NIC. No señor. Todos se han ido á misa. Las ruedas están paradas.

MAT. He creído oir ruído de cascabeles... ¿Estabas tú en la sala?

NIC. Sí, señor y nada he oído.

MAT. Es extraño... Me imaginé... (Prestando atención.) Pues si me pareció... (Mis zumbidos de oídos continúan...) (A Nickel.) ¿Y qué hacías?

NIC. Leer este papel.

MAT. Alguna patraña, de seguro... Cuentos.

NIC. No señor. Estaba leyendo una historia muy curiosa.

MAT. ¿Una historia?

NIC. La de unos ladrones de una aldehuela de Suiza que han sido descubiertos al cabo de veinte años de su fechoría, gracias á una hoja de cuchillo encontrada en un montón de hierro viejo en casa de un herrero. ¿Verdad que es muy curioso? ¡Oh! la Providen-

cia lo descubre todo, por más que los hombres quieran ocultarlo... Por supuesto que los infames han pagado su delito... Eran una madre, dos hijos y el abuelo. Los han cogido en la ratonera y á los cuatro los han ahorcado juntos. (Dándole el papel.) ¿Quiere usted leerlo, señor?

MAT. No... Déjame, déjame... Mejor harías en no leer semejantes paparruchas... Vete. (Nickel se va.)

ESCENA VII

MATHIS, luego CRISTIÁN

MAT. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! ¡Dejarse coger al cabo de veinte años por un pedazo de hierro! ¡Es natural! ¡Estúpidos! ¡Hubieran hecho lo que yo! ¡No dejar rastro alguno! ¡Pero dice ese hombre que la Providencia lo ve todo, lo descubre todo! ¡Será posible! Entonces... ah, entonces!... La maldición general, la ruina y la afrenta para los míos... El cadalso... Pero imposible... ¡No hay pruebas! Tendría que decirlo yo, y yo no lo diría más que dormido... Dormiré encerrado... Despierto no confesaría aunque me descuartizasen, aunque con un hierro encendido me abrasasen las carnes... No... no confesaré nunca... ¡Nunca!... ¡Eh, no hay peligro, ningún peligro! ¡No hay pruebas, ninguna prueba! Volvamos el dinero á su escondite... (En este momento llaman á la vidriera de la ventana.) ¿Quién? (Con terror.) Ah, es Cristián... (Transición.) Adelante, adelante.

CRIST. (Entrando con traje de gala.) Y qué, ¿vamos mejor?

MAT. Sí, ya estoy bien... Me encuentras contando la dote de Anita. Todo en luises... moneda de oro... Gusta tanto ver esto, aunque sea para darlo... Estos montones tienen tantos recuerdos... ¡Recuerdos imborrables! Por supuesto de trabajos penosos, de afanes honra-

dos... Viendo estas monedas parece como que desfila ante mis ojos toda mi juventud y al pensar que el caudal servirá para hacer la dicha de mis hijos, siento agolparse las lágrimas á mis ojos y ya lo ves ¡me enternezco!

CRIST. Tiene usted razón. El dinero bien ganado es el que aprovecha siempre... Es como la buena semilla que recompensa las fatigas del labrador.

MAT. Lo mismo pensaba yo... y me decía: ¡Qué bendición cuando la semilla buena cae en una tierra excelente!

CRIST. ¿Conque quiere usted que hoy mismo firmemos el contrato?

MAT. ¡Hoy ha de ser! No me gusta dejar nada para mañana...

CRIST. Sus deseos me alegran... Temía solamente que Anita...

MAT. (Interrumpiéndole.) Anita lo anhela, nosotros también lo deseamos, conque, como dijo el del cuento: «Malditos sean los inconvenientes...» (Guarda el dinero en el armario.)

CRIST. Gracias, gracias, señor Mathis. Sus palabras me llenan de contento. Cuando usted disponga firmaremos.

MAT. Y en seguida la boda.

CRIST. Y después la felicidad soñada.

MAT. Solo hay una juventud. Es preciso aprovecharla.

CRIST. Soy pobre. Nada poseo.

MAT. Posees tu grado y algo que vale más: tu honradez, tu buen corazón... De lo demás yo me encargo. Quiero que mis hijos sean felices. Y ahora que me acuerdo, ¿á qué ha obedecido tu tardanza? Anita te estuvo esperando.

CRIST. Es verdad, me he entretenido... ¿A qué no acierta usted en qué he invertido tres horas?

MAT. No adivino...

CRIST. Pues repasando unas diligencias sumariales estuve desde las siete hasta las diez de la mañana... Sin darme cuenta me engolfé en la lectura y cuanto más leía más quería leer.

MAT. ¿Y cuál era ese proceso tan interesante?

CRIST. El relativo al judío polaco, aquel desgraciado que desapareció hace quince años. El señor Enrique al referirme anteanoche el suceso despertó mi curiosidad y quise conocer los pormenores del delito.

MAT. (Muy turbado pero aparentando serenidad.) Pues la cosa no vale la pena... Ha transcurrido tanto tiempo desde entonces... ¡Quién piensa en aquello!

CRIST. ¿Sabe usted que me asombra que no se haya descubierto el crimen?... Porque hubo crimen, no cabe duda, y horrendo.

MAT. ¡Oh, de fijo!... ¡Horrendo! (Durante esta escena Mathis reflejará en su rostro las impresiones que le producen las palabras de Cristián, rehuyendo el que éste pueda observarlas.)

CRIST. Por cierto que el misterioso criminal era, además de atrevido, muy sagaz, muy listo... Todo el mundo, gendarmes, policía y justicia, tratando de descubrirle sin lograr el menor resultado... Lo que más me admira en este proceso es la infernal astucia del asesino.

MAT. Sí, sí... No debía ser un estúpido.

CRIST. ¿Cómo estúpido? Era, sin disputa, un hombre sagaz como pocos.

MAT. (Con cierta vanidad.) ¿Crees tú?...

CRIST. Estoy seguro de ello... El que borra todas las huellas de un crimen tan espantoso y burla las pesquisas de cien personas inteligentes que le buscan sin descanso, es un hombre extraordinario.

MAT. Tienes razón... Muchas veces he pensado yo que hace falta mil veces más astucia, astucia mala, por supuesto, para escapar de los gendarmes, que para defenderse de los bribones. Porque, al fin, el que huye de la justicia tiene á todo el mundo en contra suya... Y esta situación debe de ser tan tremenda, tan angustiosa...

CRIST. ¡Quién lo duda!

MAT. Por lo general, el que comete un crimen no se contenta con uno solo. Realiza después otros...

CRIST. Dice usted bien. El autor de aquel delito, sin duda, cayó ya en poder de la justicia por alguna otra fechoría.

MAT. (Respirando con tranquilidad.) ¡Claro!

CRIST. Pero lo que también me ha sorprendido del proceso, es que no se diera con el cuerpo de la víctima... Eso no era difícil...

MAT. (Con gran ansiedad.) ¿Eh?

CRIST. Pensando en esto, ¿qué idea dirá usted que se me vino á las mientes?

MAT. (Con más ansiedad aún.) ¿Cuál?

CRIST. Por aquel tiempo, ¿no había en el pueblo algunos hornos de cal?

MAT. ¡Hornos!...

CRIST. Pues se me ha ocurrido que, indudablemente, el asesino debió arrojar el cadáver del judío á uno de esos hornos, y por eso no se encontraron más piezas de convicción que el capote y el gorro de pieles... El sargento Kelz era algo rutinario y no pensó en esto.

MAT. (Limpiándose el sudor de la frente.) Sí... ¡es posible!... No se me había ocurrido... Ni á nadie se le ocurrió entonces. ¡Tú eres el primero!

CRIST. ¡Ah, tengo la seguridad de ello! Y vea usted por dónde se podría aún intentar el descubrimiento del crimen.

MAT. ¡Todavía! Al cabo de quince años...

CRIST. Naturalmente. Todo se reducía á averiguar quiénes eran las personas que en aquella fecha tenían en el pueblo hornos de cal. Entre ellas está, de seguro, el asesino.

MAT. ¿Cómo? ¿Qué dices?

CRIST. ¡Otras cosas más difíciles se han hecho!

MAT. (Con mucho aplomo) En aquella época yo era el único que tenía en el pueblo hornos de esos.

CRIST. (Riéndose.) ¡Bah!... De usted nadie habla... Yo me refería á los que pudieran ser sospechosos... Pero, en tratándose de ustedes, ¡no hay caso!... ¡Usted, el vecino más honrado de la comarca!...

ANITA (Dentro.) ¡Cristián!

MAT. Ahí tienes á tu novia.

CRIST. Voy. (Sale á su encuentro.)

MAT. (Ese hombre es terrible... No me equivocaba yo al considerarle muy peligroso... Es preciso que hoy mismo ingrese en mi familia... ¡Ellas!) (Viendo entrar á Catalina y á Anita.)

ESCENA VIII

DICHOS, CATALINA y ANITA

CAT. Ya estamos de vuelta.

MAT. (A Catalina.) Pero, ¿y los otros? ¿No entran?

CAT. Están todos en la sala... El notario les lee el contrato.

MAT. Bien, bien. (Cristián y Anita empiezan á conversar en voz baja.)

CRIST. (A Anita.) ¡Qué hermosa estás hoy!

ANITA ¿Hoy nada más?

CRIST. Siempre...

MAT. ¿Y saben ustedes lo que se hace cuando ya, todos de acuerdo, se prepara una boda entre dos jóvenes que se quieren?

CRIST. ¿Qué?

MAT. ¿Y lo pregunta un soldado? (Empujando á Anita hacia Cristián.) Pues el novio, en señal de eterno cariño, da un abrazo á la novia.

CRIST. ¡Anita!

ANITA (Ruborosa.) ¡Padre! (Cristiano abraza á Anita y la besa en la frente. La orquesta toca una melopea, Anita y Cristián quedan juntos. Mathis los contempla junto á Catalina, que se enjuga los ojos con el delantal.)

MAT. ¡Míralos, Catalina! ¡Qué pareja tan hermosa harán! ¡Qué felices van á ser!... Ea, basta de charla. La gente espera... ¿Quieres leer el acta Cristiná?

CRIST. No señor, es inútil.

MAT. Pues á firmar. (Desde la puerta izquierda.) Señor Notario, Walter, Enrique, entrad, entrad todos. Las cosas más importantes de la vida deben hacerse en público. Era nuestra antigua tradición en Alsacia; una buena costumbre, porque la publicidad santifica los actos mejor que los escritos.

ESCENA IX

DICHOS y WALTER, ENRIQUE, el NOTARIO, NICKEL, LUISA, ALDEANOS y ALDEANAS

NOT. Señores testigos, ¿deseaís que se lea de nuevo el documento?

VARIOS No, no, ya le hemos oído.

NOT. Entonces, procedamos á firmarle.

WAL. ¿Y la canción de los desposorios? ¿Es que contra la costumbre no se va á cantar la canción en un día como este?

TODOS Sí, sí... Que cante la desposada.

ANITA ¡Yo!

ENR. Vamos, Anita.

MAT. Sí, hija mía, canta.

ANITA Con mucho gusto. (Música. Aire de tirolesa. Anita canta: después de cada estrofa, coreada, bailan todos. Cuadro animadísimo.)

I

Todo el que quiera ser bien casado,
y la fortuna hallar,
busque con ansia de enamorado
en la mujer bondad.

II

No dan la dicha lujosas galas,
sólo aleja el dolor
el rumor que hacen las blancas alas
del angel del amor.

(Este detalle de la canción puede ser suprimido, aunque conviene mucho su ejecución para dar carácter al cuadro.)

ENR. Bien, bien... Hasta cuando canta prueba Anita su buen sentido. Muchos matrimonios he presenciado en esta vida, y casi siempre he visto que se casaban un prado, con una casa, un huerto con un jardín; escudos de seis libras con monedas de cien

sueldos. Casar como ahora sucede la fortuna con la honradez es un hecho poco frecuente.

MAT. Pues este matrimonio se hace á gusto de todos. (Se dirige hacia el armario.)

WAL. Raras veces ocurre lo propio.

MAT. (Sacando el saco del dinero.) La dote, señor Notario. Nada de promesas ni de papeles... Oro... Treinta mil francos en hermosas monedas de oro francés.

VARIOS ¡Treinta mil francos!

ENR. ¡Buen pico!

CRIST. Es demasiado.

MAT. Entre padres é hijos no se cuenta lo que se recibe, se acepta; sin embargo, quiero exigirte una promesa antes de firmar. (Movimiento de atención en todos.)

CRIST. ¿Cuál?

MAT. Los jóvenes son ambiciosos, desean medrar; esto es natural... Pues bien, yo te ruego que por nada del mundo abandones el pueblo mientras nosotros vivamos. No tenemos más que una hija, la queremos como á las niñas de nuestros ojos, y de seguro nos moriríamos de pena viéndola partir.

CRIST. Tranquilícese usted. ¿Dónde buscar felicidad mayor que la encontrada en el seno de esta familia?

MAT. ¿Me prometes permanecer aquí, aun cuando te propusieran el ascenso á oficial?

CRIST. Sí, señor; lo prometo.

MAT. ¿Me das tu palabra de honor ante todo el mundo?

CRIST. La doy con alma y vida. (Murmullo de aprobación en todos.)

MAT. Me basta. Ya estoy satisfecho. (Aquí, siempre á mi lado... Que no pueda nunca inquirir...) A firmar. (Firman Cristián y Anita; entre tanto, Mathis, dice.) (Ahora no volverá á atormentarme esa sombra. Necesito vida tranquila. ¡Basta de temores! ¡A gozar de la existencia!)

CAT. Yo no sé firmar. Pondré una cruz. (La pone.)

ENR. Hasta en eso es feliz el matrimonio. Ponen una cruz para que escape el diablo.

MAT. Y ahora firmo yo. (Al ir á firmar suenan los cascabeles y vacila. Todos le rodean. Al fin firma.) Ya está. Ya somos todos felices, muy felices. Vamos, Catalina, vamos. (Cogiéndola.) Un vals.

TODOS ¡Bravo, bravo! (Palmoteando.)

CAT. ¡Pero te has vuelto loco!

ENR. ¡Una vuelta!

MAT. A bailar. (Coge á Catalina y da dos ó tres vueltas al son de la música. De pronto se para. Oyese más distintamente el sonido de los cascabeles.) ¡Eh! ¡A ver, quietos!

CRIST. ¿Qué sucede?

MAT. ¿No oís?

CAT. ¡Pero, si no se oye nada!

MAT. (Yo sí los oigo... los oigo...) Adelante, siga el baile; bailemos todos, todos. (Que suenen los cascabeles cuanto quieran. No me importa. (Bailando.) ¡Me aturdiré! ¡Mucho ruido, mucho alboroto, mucha algazara! ¡Viva la alegría! (Se agita para no percibir el sonido de los cascabeles, que cada vez repican con más fuerza.)

TODOS ¡Viva! (Bailan en parejas. Mucha animación en el cuadro. Este final está encomendado al talento del actor encargado del papel de Mathis.)

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. Un cuarto en el piso alto de la casa de Mathis. Alcoba á la izquierda, puerta á la derecha. En el fondo dos ventanas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MATHIS, WALTER, ENRIQUE, CRISTIÁN, ANITA, CATALINA y LUISA que trae una luz encendida y una botella con agua. Todos entran muy animados. Especialmente Walter y Enrique á quienes se les nota el efecto del vino

ENR. Pues señor, es una lástima que la fiesta se acabe.

MAT. ¿Todavía tienes ganas de broma?

ENR. Todavía. Era necesario pensar en algo gordo para concluir un día tan alegre. ¿No han visto ustedes una función de fuegos artificiales? Pues comienzan primero los cohetes y después las ruedas ¡pin! ¡pan! ¡pun! Pero lo último es lo mejor... El gran castillo de fuego... La bomba final. Eso quería yo, un final bueno, ¿eh, Walter?

WAL. ¿Y para qué deseas nada? ¿Quieres más *chispas* aún, después de haber bebido de ese añejo?

ENR. Lo que abunda no daña.

MAT. No, no, ya basta... Hasta mañana, amigos míos.

ENR. La última ronda, la bomba final, como si dijéramos.

MAT. Yo tengo necesidad de descansar.

CRIST. ¿Insiste usted en dormir aquí? ¡Completamente solo!

MAT. Sí solo... Es lo mejor... Que me dejen el agua á la cabecera de la cama y ¡adiós!

CAT. Vaya un empeño el tuyo. Esta habitación está muy fría.

MAT. Mejor... Necesito frescura... No quiero que me repita el ataque.

ENR. Venga usted, señor alcalde. Un día es un día, ¡qué demonio!

MAT. No, no, basta.

CAT. Y además el médico ha dicho que hay que tener mucho cuidado con el vino.

ANITA Es cierto.

ENR. ¿El médico? Siempre él... ¿Sabe usted, señora Catalina, cómo se lograría que todos nos muriésemos de viejos? Pues haciendo que los boticarios en vez de drogas tuviesen bodegas en las farmacias.

ANITA Además es muy tarde... Hay que descansar... Mañana, si ustedes quieren, se continuará la fiesta.

ENR. Mejor sería no interrumpirla.

MAT. Ahora voy á beber un poco de agua fresca antes de irme á acostar. Eso me calmará. (Viendo entrar un grupo de aldeanos.) ¿Qué hay?

ALD. 1.º El sereno dice que desocupemos la sala; que ya es la hora que marcan las ordenanzas.

ENR. Dile al sereno que con la casa del alcalde no rezan las ordenanzas. ¡Pues no faltaba más!

MAT. Estás equivocado... Las ordenanzas rezan con todo el mundo... Yo soy el primero que debe cumplirlas.

ALD. Buenas noches, señor Mathis.

MAT. Buenas noches. (Vanse los aldeanos.)

WAL. Vamos, Enrique. Retirémonos.

ENR. No hay remedio. Pero conste que mañana que es el día de la boda necesito más libertad que hoy, porque al fin y al cabo hoy han sido los dichos.

WAL. Bueno, vamos. Adiós, Mathis. (Dándole la mano.)

MAT. ¡Adiós!

ENR. Adiós, señor alcalde... A descansar... Y nada de malos sueños.

MAT. ¡Yo no sueño nunca!... Vaya... hasta mañana. (Salen Enrique y Walter. Catalina queda en la puerta.)

ESCENA II

CRISTIÁN, ANITA y CATALINA

ANITA Adiós, padre mío, hasta mañana. (Besándole.)

MAT. ¿Estás contenta?

ANITA Soy feliz.

MAT. Pues, adiós, hija mía. Dejadme solo... Aquí estaré á mis anchas. El vino blanco, los gritos, las canciones, toda esa algazara que para celebrar tus esponsales hemos armado, se me subió á la cabeza y me ha mareado un poco. Pero aquí, con el silencio y la calma, descansaré divinamente.

CAT. Bueno, pues hasta mañana.

MAT. Adiós... Adiós... Cristián... (Transición.) ¡Hijo mío! ¡Ya puedo darte este nombre! ¡Mañana la boda! (Se van por la derecha Anita y Catalina. Cristián las sigue.)

ESCENA III

MATHIS, después de quedarse solo echa el cerrojo de la puerta

¡Gracias á Dios! Al fin me encuentro solo, solo y tranquilo... ¡Muy tranquilo! Ya podré dormir descuidado. (Se sienta y empieza á desnudarse.) ¡Ah! si ahora sucediese algo imprevisto, algo de *aquello*... Entonces el suegro de Cristián tendría quien le defendiese, quien le amparase contra todo y contra todos. Es preciso en la vida tenerlo todo arreglado de antemano. La casualidad solo es traicionera con los tontos. Sí, hay que prepararse *por si acaso* y no dejar ningún cabo suelto para que

no lo coja el diablo! (Se oye á lo lejos el Coro.) Esos rematan dignamente la fiesta. Con tal que alguno de ellos no amanezca sobre la nieve... ¡Qué alegre es el vino! Un vaso nada más y todo nos parece de color de rosa. (Bebe un vaso de agua.) Ahora á dormir sosegado. (Se mete con la luz en la alcoba. Continúan oyéndose sus palabras con la dejadez que precede al sueño.) Mathis, ya no hay cuidado... Nadie oirá tus palabras aunque sueñes... ¡nadie! ¡Qué te importa ya el ruido de esos malditos cascabeles que no cesan... Locuras! (Se oye á lo lejos el coro de bebedores. Después de una pausa desaparece el fondo de la habitación y se ve la decoración del cuadro segundo, quedando el primer término de la escena muy oscuro y solo iluminado el fondo.)

CUADRO SEGUNDO

Lugar donde se celebra la vista de una causa. Alto techo ogival. El Tribunal, compuesto de tres Jueces revestidos con sus insignias, en el fondo. El escribano á la derecha; el procurador á la izquierda. Una puertecilla á la izquierda también. A la derecha, y en primer término, bancos donde están sentados muchos espectadores. En el centro aparece Mathis sentado en un banquillo. Su figura se procurará que esté iluminada con luz siniestra. En la cara del preso se notan los sufrimientos de la prisión. Los gendarmes están detrás de él. Excepto la figura de Mathis, todas las demás debeu estar envueltas en cierta penumbra misteriosa.

ESCENA IV

MATHIS, ESCRIBANO y el PRESIDENTE

ESC. (Leyendo.) «En resumen, señores jueces: Se acusa al procesado Hans Mathis de haber asesinado al polaco Baruch Kovesky en la noche del 24 de Diciembre de 1818.»

PRES. Hans Mathis: ya ha oído usted la acusación y las declaraciones de los testigos. ¿Qué tiene usted que responder á ellas?

MAT. ¡Son falsas! ¡Los testigos! Personas que no

han visto nada, que viven á dos y tres leguas del sitio en que dicen que se cometió el crimen... á media noche... en invierno. ¡Y son esos los testigos!

PRES. Responda usted con calma al Tribunal. Los gestos, los ademanes descompuestos, los arrebatos, no le favorecen. Usted es un hombre muy sagaz.

MAT. No, señor presidente. Soy un hombre muy sencillo.

PRES. La voz pública le acusa á usted, y además, ¿á qué causa atribuye usted ese sonido de cascabeles que oye á todas horas?

MAT. Yo no oigo sonar nada, nada absolutamente. (En este instante se oye dentro el sonido de los cascabeles.) ¡Ah! (Con espanto.)

PRES. Eso no es verdad. En este mismo momento lo oye usted. Diga usted pronto: ¿á qué lo atribuye?

MAT. (Procurando serenarse.) Eso no es nada. Es la sangre que me zumba en los oídos.

PRES. Pues si usted no descifra el por qué de ese ruido que le atemoriza, vamos á llamar al magnetizador para que nos lo explique.

MAT. (Con precipitación.) No... no... Yo lo diré.

PRES. ¡Pronto!

MAT. Sí, es verdad que oigo eso... eso que dice el señor presidente. Pero lo oigo soñando.

PRES. Que conste que es en sueños.

MAT. No es delito soñar. Todo el mundo sueña.

PRES. ¡Silencio!

MAT. No tengo temor de ningún género. Todo esto no es más que un sueño. Pues si no estuviera soñando, ¿habría de ver jueces que llevan pelucas como en los antiguos tiempos señoriales hace ya más de un siglo? No, lo sé bien. Sueño, claro que sueño.

PRES. (Con voz severa.) Señores jueces. Ese sonido que tanto atormenta al acusado, tiene su origen en un recuerdo. El caballo del polaco llevaba un collar de cascabeles.

MAT. (Espantado.) ¡Falso, falso! Yo no tengo recuerdos. (Oyense otra vez los cascabeles.)

PRES. Ya veis, señores jueces, cómo se contradice.

Afirma que no oye ningún ruido, y hace un momento confesó que, en efecto, percibía el sonido de un collar.

MAT. Me equivoqué. Ahora confieso la verdad. (El ruido de los cascabeles aumenta.) ¡Ah! Estos son zumbidos de oídos.

PRES. (Con severidad.) Acusado, ¿persiste usted en sus negativas?

MAT. ¡Sí, claro que sí! ¡Protesto! ¡Protesto!

PRES. ¿Insiste usted? Pues, bien: teniendo en cuenta que el delito que se persigue se cometió hace quince años, y que es imposible esclarecer los hechos por los medios ordinarios; Conocidas la sagacidad, la audacia y la astucia del asesino; Considerando además que han muerto ya la mayor parte de los testigos que podrían iluminarnos en este asunto, acordamos que se oiga al magnetizador. Con su concurso sabremos la verdad.

MAT. ¡No! ¡Ya he dicho que no!

PRES. Que entre el magnetizador.

MAT. (Aterrorizado.) ¡Yo me opongo! ¡Los sueños no prueban nada! ¡Yo no quiero dormir! ¡Yo no quiero hablar sin voluntad! (Con voz terrible.)

PRES. Que entre. (A los hugieres.)

MAT. Este es un atropello incalificable... una injusticia...

PRES. Pues si usted es inocente, ¿por qué teme que lo magneticen?...

MAT. Pero, ¿por qué no está aquí Cristián? (Mirando á todos lados.) ¡Mi honra es la suya! ¡Que venga! Que se coloque á mi lado. (Exaltándose más.) ¡Cristián, ven á defenderme!

ESCENA V

DICHOS y EL MAGNETIZADOR. Al entrar éste, el público le mira con curiosidad; Mathis con espanto

MAGN. Señor Presidente y señores jueces, obedeciendo vuestro mandato estoy en este sitio.

MAT. (¡El que ví en Ribeauville!) (Mirando al Magnetizador.)

PRES. (Al Magnetizador.) ¿Puede usted dormir á ese hombre?

MAGN. (Mirando á Mathis fijamente.) Sí, señor.

MAT. (Dando un grito espantoso.) ¡No quiero! ¡No quiero!

PRES. Yo lo mando.

MAT. (Agitándose furiosamente.) ¡Nunca! ¡Nunca!

PRES. (A los gendarmes.) Emplead la fuerza si es preciso. (Los gendarmes se acercan á Mathis. Este forcejea con ellos.)

MAGN. (Ha cogido de las manos á Mathis, mirándole fijamente hasta dormirle. Al Presidente.) Ya duerme... ¿Qué le preguntamos?

PRES. Lo que hizo quince años há, en la noche del 24 de Diciembre.

MAGN. Está usted en la noche del 24 de Diciembre de 1818.

MAT. Sí. (En voz baja y en estado de sonambulismo.)

MAGN. Hable usted... Yo lo quiero.

MAT. Los parroquianos salen de mi posada. Catalina y mi niña, Anita, se han ido á acostar. Kasper entra á decirme que el horno de cal está encedido. Yo le contesto: «Está bien; vete á dormir.» Kasper sube á su cuarto... Me quedo solo con el polaco que se calienta en la estufa... En la calle reina el más absoluto silencio que sólo interrumpe el sonido del collar del caballo que está atado debajo del cobertizo. (Pausa. Los relatos de Mathis los oyen el tribunal y el público con la natural atención. La dirección escénica cuidará mucho, para el efecto, de la presentación del cuadro.)

MAGN. ¿En qué piensa usted?

MAT. Estoy pensando en que no tengo los tres mil francos que he de entregar á fin de mes... En que me embargarán la posada... Pienso además en que la calle y el campo están solitarios .. en que es de noche... y en que el polaco irá por la carretera... sin que nadie lo vea... envuelto en la nieve.

MAGN. ¿Está usted resuelto á asaltarle? (Pausa.) Conteste usted. Yo lo mando.

MAT. Este hombre es fuerte... ancho de espaldas... Si alguien le ataca se defenderá. (Movimiento de Mathis.)

MAGN. ¿Qué le sucede á usted?

MAT. (En voz baja.) ¡Que me mira! Cómo brillan sus ojos grises... (Con acento sombrío y hablando para sí.) Nada, yo le mato...

MAGN. ¿Está usted decidido?

MAT. Sí... le mato... Me arriesgo... pero yo le mato.

MAGN. Siga usted.

MAT. Es preciso tomar antes ciertas precauciones... Voy á ver... Nadie... Ni un alma... veamos... (Levanta la mano y hace un ademán como si buscara algún objeto.)

MAGN. ¿Qué registra usted?

MAT. El trineo... para ver si trae pistolas el viajero. No las trae, no... (Con alegría siniestra.) ¡Es mío! (Escuchando.) Oigo los pasos del polaco por la habitación. (Con aspecto feroz.) ¡No sabes la que te espera!

MAGN. ¿Vuelve usted á entrar en la posada?

MAT. Sí... El viajero echa sobre la mesa una moneda de cinco francos; le doy la vuelta... Me mira de nuevo. (Pausa.)

MAGN. ¿Le dice á usted algo?

MAT. Me pregunta cuánto dista Mulzig... «Cuatro leguas escasas... Buen viaje...» Me contesta que Dios me guarde. (Pausa. La cara de Mathis cambia.) ¡Ah! ¡Ah!

MAGN. ¿Qué sucede?

MAT. El cinto. (Con voz brusca.) Ya salió el polaco... ya se va. (Mathis empieza á andar encorvado como si siguiese á alguien. El Magnetizador levanta la mano para llamar la atención de los jueces. Mathis extiende la mano.) El hacha. ¿Dónde está el hacha? ¡Ah! ¡Aquí, detrás de la puerta! Valor, Mathis... Necesitas ese dinero... Valor... (Pausa.)

MAGN. ¿Sigue usted al viajero?

MAT. Sí.

MAGN. ¿Dónde está usted?

MAT. Ya estoy fuera de las tapias del pueblo. (Tiritando.) ¡Qué frío!

MAGN. Ha tomado usted por el atajo, para salir al encuentro de...

MAT. Sí, sí... (Extendiendo el brazo.) Aquí está el puente, y allá abajo el arroyo... ¡Cómo ahu-

llan los perros que tiene Daniel en la granja, cómo ahullan! La fragua de Fritz se ve á lo lejos, encendida... Parece un ojo enorme, sangriento, chispeante, que me mira desde las tinieblas. (Bajo y hablando consigo mismo.) ¡Matar á un hombre... matar á un hombre!... No hagas eso, Mathis, no hagas eso... Dios te castigará. (Vuelve á andar encorvado.) ¡Qué locura!... Sí, pero oye... vas á ser rico .. tu mujer y tu hija no necesitarán de nadie... ¡Ah, no seas cobarde... cobarde!... (Con voz terrible.) ¡No hay justicia en el cielo!... ¡Yo lo mato!... (Escuchando.) Ya estoy en el puente. (Se detiene y escucha con ansiedad.) No hay nadie en el camino... ¡Qué silencio! (Enjugándose el sudor con el dorso de las manos.) ¡Ahora siento calor!... ¡El corazón se me salta del pecho con la fuerza de sus latidos! ¡La luna se asoma por entre las nubes! Parece todo el suelo cubierto de nieve, como un gran fantasma que yace inmóvil... Quizás el polaco pasó ya... Mejor... ¡Me alegro! (Escuchando de nuevo.) Los cascabeles, sí, los oigo sonar... (Queda inmóvil con el rostro descompuesto. Pausa. Todo el mundo tiene fijos los ojos en Mathis. En voz baja.) Necesito ser rico, tener dinero, gozar de *desahogo*. (Se oye sonar con fuerza el collar del caballo. De pronto, Mathis se yergue, avanza y lanza una especie de rugido, haciendo el ademán de descargar un golpe terrible.) ¡Ah, toma, muere!... (Se precipita hacia adelante y sigue dando golpes con rabia. Se inclina y mira hacia la derecha. Después hace el ademán de descargar el último golpe.) Ya no se mueve. Todo ha concluído. (Se levanta, exhalando un suspiro, y mira alrededor suyo.) El caballo escapó con el trineo. (Escuchando.) ¡Alguien viene! (Se vuelve, espantado, y parece como que quiere huir.) No... no... es el viento que gime entre los árboles. (Bajándose.) Pronto... pronto... ¡El cinto! Aquí está... lleno de oro... mucho oro. (Hace el ademán de colocárselo en la cintura.) Ahora hace falta llevarse á ese hombre... pero en seguida... á un lugar donde nadie lo encuentre... Yo le lle-

vo... ¡Tocarle, no; tocarle, no! Pero, ¿y si, por dejarle aquí, me descubriesen? ¡Ea, valor! Ya está muerto. ¡Fuera aprensiones! (Como si recogiese el cuerpo del suelo y se lo echara á la espalda. Después empieza á dar vueltas alrededor del tribunal, con el cuerpo inclinado y agobiado por el peso que lleva encima.)

MAGN. ¿Dónde le lleva usted?

MAT. (Deteniéndose.) Al horno de cal.

MAGN. (Mirándole fijamente.) ¿Ha llegado usted ya?

MAT. (Haciendo el ademán de arrojar el cuerpo en tierra.) Sí... ¡Cómo pesaba, cómo pesaba! (Respira con fuerza, como un hombre que está jadeante. Después hace como que vuelve á levantar el cadáver.) ¡Al fuego! (Arrojándole; después lanza un grito de horror y queda con la cabeza entre las manos. En voz baja.) ¡Qué ojos! ¡Y cómo me miran! ¡Jesús! (Pausa larga. Levantando la cabeza.) Ya no quedan más que los huesos, los huesos humeantes... Y ahora el cinto... al fuego también. (Hace ademán de arrojar el cinturón al horno.) El dinero en los bolsillos... No hay pruebas, no las encontrarán nunca... Las llamas se las han tragado... ¡Al pueblo!... Nadie me ve, nadie me ha visto... ¡Pronto, lejos de aquí... corriendo... que no me descubran... á escape!.... (Cae rendido sobre el banquillo.)

MAGN. ¿Hay que preguntarle algo más?

PRES. Basta. (Al Escribano.) ¿Ha hecho usted constar lo relatado?

ESCR. Sí, señor Presidente.

PRES. Bueno, pues que se despierte al procesado y que lea su declaración.

MAGN. Despierte usted, pronto, despierte usted... ¡Yo lo mando!

MAT. (Se despierta aturdido y mira con asombro á todas partes.) ¿Dónde estoy? ¡Ah... sí!... ¿Qué ha sucedido?

PRES. ¡Dormido lo ha declarado usted todo!

MAT. ¡Maldición!... ¡Lo confesé!...

PRES. (Dirigiéndose á los jueces Ya lo habéis oído... El mismo se condena...

MAT. (Mirando con espanto alrededor y desgarrando su camisa con furia.) ¡Protesto! ¡Es mentira! ¡Son todos

unos miserables! ¡Cristián... que venga Cristián!

PRES. Gendarmes, sujetad á ese hombre. (Los gendarmes rodean á Mathis)

MAT. (Forcejeando con los gendarmes.) ¡Esto es una infamia! ¡Socorro! ¡Hija mía! ¡Cristián!

PRES. (Con tristeza.) Acusado, me obliga usted á manifestarle algo que por un sentimiento de piedad le quería callar. Al saber los cargos que á usted se hacían, el sargento Cristián se ha levantado la tapa de los sesos.

MAT. (Dando un grito horrible.) ¡Jesús! (Queda como anonadado con los ojos fijos sobre el Presidente. Gran pausa. El Presidente se levanta con solemnidad.)

PRES. (Con voz pausada.) Visto que en la noche del 24 de Diciembre de 1818, y entre las doce y una de la madrugada, el acusado Hans Mathis, cometió el delito de robo y asesinato en la persona del polaco Baruch Kovesky, el Tribunal le condena á la pena de muerte en horca.

MAT. (Lanzando un grito desgarrador y llevándose las manos á la garganta.) ¡Ah!... (Desaparece el cuadro; después con la mayor rapidez posible, y en caso de que pudiera efectuarse dejando á obscuras el teatro, aparecerá el otro cuadro.)

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero. Inmediatamente después que desaparece el tribunal vuelve á verse la alcoba de Mathis. Es de día. Por fuera se oyen gritos alegres: es la gente que viene á la boda de Anita.

ESCENA VI

ANITA, CATALINA, CRISTIÁN, WALTER, ENRIQUE, EL DOCTOR, una mujer, aldeanos y aldeanas

VOCES (Dentro.) Anita, Anita, ¡viva la novia!

ANITA (Idem.) Aquí estoy. (Aclamaciones.)

CAT. ¡Mathis! Levántate... (Pausa.)

CRIST. (También desde dentro.) Vamos, señor alcalde, no sea usted perezoso. (Pausa.)

WAL. No responde... ¡Es extraño!

CAT. (Con el tono de voz muy alarmado.) Vamos, Mathis... ¿Te sucede algo?

ANITA (También con mucha inquietud.) Padre mío, contesta. (Se oyen dentro cuchicheos, comentando lo que sucede. Después se escucha la voz de Cristián que habla alto.)

CRIST. Es inútil.. Déjenme ustedes... Abajo esa puerta. (Forcejea y al fin salta la cerradura. Entra primero Cristián precipitadamente y se dirige hacia la alcoba.) ¡Señor Mathis!... (Entra en la alcoba.)

CAT. (Seguida de todos los demás.) Pero ¿qué sucede?

CRIST. (Saliendo horrorizado y deteniendo á Catalina.) ¡Qué desgracia! Retírese usted.

CAT. No... Quiero ver... (En el mismo momento sale Mathis de la alcoba, pálido, desencajado, con los ojos muy abiertos y las manos oprimiendo su garganta.)

MAT. La cuerda... ¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Jesús! (Cae con las manos crispadas por la agonía; quiere arrancarse del cuello lo que le asfixia. Después queda rígido.)

ANITA ¡Dios eterno!

CAT. ¡Mathis!

CRIST. (Palpándole.) ¡Muerto! ¡Dios mío! ¡Era un hombre honrado!

TELÓN

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.